POBLACION Y HAMBRE

Organizada por las Naciones Unidas, del 19 al 30 de agosto de 1974, se celebró en Bucarest la Conferencia Mundial de la Población. En la primera quincena de noviembre la siguió una Conferencia Mundial de la Alimentación, organizada en Roma por la FAO (Food and Agricultural Organization), el organismo de las Naciones Unidas para la alimentación y la agricultura.

En vísperas de la Conferencia de Bucarest, el secretario general adjunto del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas, Philippe Seynes, recordó que «la evolución demográfica facilitaba datos de los que no podían desinteresarse los gobiernos y de los que habían de imponerse para determinar su política y actuar mediante programas». Nadie ignora ahora que los recursos de la tierra no son inagotables y que el crecimiento demográfico prosigue su impulso desde 1950. El director de la Población en las Naciones Unidas, Leon Tabah, declaró al presentar su plan: «Este plan se sitúa más allá de la gran querella ideológica. El éxito de esta Conferencia estaría asegurado si los gobiernos adoptaran medidas destinadas a facilitar la disminución de la población.» Según el informe de las Naciones Unidas, publicado en abril de 1973 (ONU, Population and Vital Statistic Report), la población mundial era de 3.860 millones, de los cuales 1.120 millones, en los países desarrollados, y 2.740 millones, en los países subdesarrollados. El índice de natalidad era del 17 por 1.000 en los primeros y del 39 por 1.000 en los segundos, con índices anuales de crecimiento respectivamente del orden del 0,8 y 2,5 por 100, o sea, del 0,6 por 100 en los Estados Unidos y 0,5 por 100 en la Europa occidental, mientras alcanzaba el 2,4 por 100 en Asia (con exclusión de Japón), el 2,7 por 100 en Africa y el 3 por 100 en la zona tropical de Hispanoamérica.

Dos doctrinas se contraponen en materia de población; una de ellas se remonta a Malthus y la otra a Marx.

En su primer libro publicado en 1798 *(Ensayo sobre el principio de la población)*, Malthus denunciaba la excesiva población y sus estragos. En su

opinión, la causa principal de la pobreza de las clases populares era que la población crecía más de prisa que las subsistencias. El equilibrio sólo podía lograrse mediante una reducción de la población, como consecuencia del hambre, las epidemias y las guerras. El neomaltusianismo halló un poderoso auxiliar en el descenso de la mortalidad infantil. El reciente informe del MIT (Massachusetts Institute of Technology), solicitado por el Club de Roma, aporta su apoyo a la doctrina maltusiana. El número de hombres en el planeta, afirma, aumenta demasiado rápidamente y va a superar los recursos. Estos, por lo demás, son limitados, en particular en materia de energía, metales y fosfatos.

La doctrina marxista, que antes de Marx defendieron Fourier y Proudhon, sustenta, por el contrario, que la pobreza resulta del régimen de la propiedad y no del exceso de natalidad. El exceso de población no se debe a un excedente de hombres con relación a los recursos naturales, sino al régimen de la propiedad privada. Desde este punto de vista, predicar el maltusianismo aparece como un medio, para las clases ricas, de evitar una dolorosa partición de la riqueza e incluso de las cargas de la caridad. Ya en 1955 el señor Jruschev volvía sobre la tesis marxista: «Nuestro país pasará a ser tanto más fuerte cuanto que su población sea más numerosa. Los ideólogos burgueses han adoptado teorías de antropófagos; entre ellas, el exceso de población. Se interrogan sobre la manera de reducir la natalidad. En nuestro país, camaradas, el problema es totalmente distinto. Si a los doscientos millones que somos se añaden otros doscientos, todo irá lo mejor posible.»

Sustentada en Bucarest por las delegaciones de los Estados Unidos y de Gran Bretaña, la tesis de la limitación del crecimiento demográfico tropezó con la oposición de los países socialistas y de la mayor parte de los países subdesarrollados. La ofensiva lanzada por China contra el maltusianismo y la «hipocresía» de los países ricos se ha ampliado. «No cabe esperar de los países pobres que reduzcan el crecimiento de su población para que los países ricos puedan conservar un alto nivel de vida», declaró la delegación de Argentina, país que, por supuesto, sólo cuenta con ocho habitantes por kilómetro cuadrado. «Los países pobres tienen derecho de poblar su territorio para eliminar la estancación», según la delegación de Uruguay. Al abrir la Conferencia, el señor Ceausescu, presidente de la República Rumana, había declarado a su vez: «La población es la suprema riqueza de una nación. El hombre es factor decisivo del progreso económico y social.» Aunque China misma practique una política de planificación demográfica, su

delegación apoyó: «El crecimiento de la población del Tercer Mundo es algo excelente, por cuanto refuerza su potencia para combatir el imperialismo, el colonialismo, la hegemonía y para asegurar su propio desarrollo.»

Finalmente, el plan inicial de los Estados Unidos, que apuntaba un objetivo preciso, el de reducir el índice de crecimiento de la población del 2 al 1,7 por 100, fue rechazado. Los representantes de los países pobres han logrado imponer su punto de vista. Han conseguido que se admitiera la soberanía de cada nación en materia de población, el derecho de cada matrimonio a decidir el número de hijos, la necesidad de llegar a un reparto equitativo de los recursos y, sobre todo, la afirmación del papel positivo de la población en los países subdesarrollados. Según todas las probabilidades, la población mundial, estimada actualmente en 3.850 millones, alcanzará 6.500 millones de individuos en el año 2000.

Ante semejante perspectiva, el experto francés René Dumont ha dicho: «Se dirá un día que esta Conferencia se reunió en vísperas de la mayor hambre en el mundo y que no se la reconoció.» El señor Sterling Wortman, vicepresidente de la Fundación Rockefeller, que lucha por una limitación del crecimiento demográfico, «no piensa que pueda haber solución a los problemas de la alimentación mundial antes de que se consiga estabilizar la población». Más severo aún es Norman Borlaug, premio Nobel en reconocimiento por su estudios de nuevas variedades de cereales de alto rendimiento, quien declaró que preveía que en el transcurso del año próximo habría de 10 a 50 millones de personas víctimas del hambre en el subcontinente indio.

Los Estados Unidos, cuyas reservas de cereales eran el principal recurso contra las amenzas del hambre, han visto decrecer una vez más su producción en 1974. Las reservas mundiales, que representaban más de tres meses de cereales de 1960 a 1970, se han reducido en 1974 a veintiséis días. La FAO estima en 400 millones de hombres el número de individuos subalimentados de modo permanente; de otra parte, añade que una definición más amplia de la alimentación deficiente duplicaría esa cifra. La Organización Mundial de la Salud, que depende igualmente de las Naciones Unidas, estima por su parte que 10 millones de niños de menos de cinco años están seriamente subalimentados y que otros 90 millones lo están moderadamente. Agrega que, en los países subdesarrollados, la mitad de las defunciones corresponden a esos niños de menos de cinco años y que acaso las tres cuartas partes de esa mortalidad se debe a la subalimentación. Todavía más severa, el

Overseas Development Council, organización norteamericana que estudia los problemas de la alimentación mundial, estima que 1.000 millones de individuos padecen gravemente de subalimentación en alguna época del año y que una definición menos rígida de tal subalimentación duplicaría esa cifra.

¿Pueden resolverse los problemas de la alimentación del mundo mediante una transferencia de los países ricos a los países pobres? Alfred Sauvy, miembro de la Comisión de la Población de las Naciones Unidas, recordaba recientemente la observación de René Dumont: «Hay en la tierra hombres de una tonelada de cereales al año y hombres de 125 kilos.» Los primeros, los occidentales e incluso los países socialistas de Europa, transforman los cereales en productos animales y condenan al hambre al resto del mundo con su excesivo consumo. Por ello las raciones alimenticias superan en un 10 a un 20 por 100 lo necesario en la mayor parte de los países desarrollados. A la insuficiencia cuantitativa de las raciones en los países subdesarrollados, que es del orden del 1 al 2, se añade una insuficiencia cualitativa de proteínas del orden del 1 al 15. Una caloría de proteína animal, de pollo, carne de cerdo o de vaca, exige de 5 a 10 calorías de proteínas absorbidas por el animal, cuales harina de pescado procedente de las costas Oeste de Hispanoamérica o harina de soja suministrada por los Estados Unidos.

Todas las recomendaciones de los organismos internacionales, que se basan en tipos mínimos de alimentación, admiten como dato el índice de crecimiento demográfico de cerca del 2 por 100, es decir, la duplicación de la población del globo en un período de treinta años. Semejante sistema requeriría un racionamiento a escala mundial; por consiguiente, una autoridad política a esa misma escala. En su defecto, no se puede confiar en la buena voluntad de los ricos con relación a los pobres, a un tiempo que los esfuerzos nacionales de estos últimos tendieran a la autosuficiencia alimenticia en un plazo razonable.

De todos modos, no se trata de contar con la ampliación a escala mundial del sistema de consumo de las sociedades más avanzadas. El hecho mismo de que la sociedad occidental se haya avenido a oír hablar del «crecimiento cero» significa que quiere garantizar que su consumo se mantendrá al nivel actual. Tampoco se puede contar con la moderación voluntaria de los consumos en provecho de los pobres, sino solamente con diversos frenos impuestos a un consumo excesivo por parte de los más ricos. El sector de humanidad que ha accedido a determinado nivel de consumo exige de hecho mantenerse a ese nivel e incluso pide que se eleve. El otro sector, el más

numeroso, trata desesperadamente de despegar de su nivel actual. La solución no puede hallarse sino en un verdadero contrato entre los países más ricos, de crecimiento demográfico estabilizado, y los países pobres, de crecimiento demográfico sin estabilizar. En contrapartida, los países beneficiarios de las transferencias se comprometerían a una reducción y, posteriormente, a una estabilización de su población, ello a un nivel compatible con sus recursos naturales. Tal era el sentido del «plan de acción» propuesto por los Estados Unidos en Bucarest, que apuntaba a una ayuda alimenticia subordinada a una reducción del 10 por 100 de los índices de natalidad en los países beneficiarios. Ese plan ha fracasado.

LOS PAÍSES INDUSTRIALIZADOS

Para los países subdesarrollados con crecimiento demográfico rápido existe una primera solución a sus dificultades: la emigración a los países industrializados. A ella se debe la llegada en la Europa occidental, y singularmente en los países más ricos, de más de diez millones de trabajadores extranjeros.

Ante la amenazante crisis económica, Alemania Federal ha sido la primera en suspender la emigración en octubre de 1973; hasta el presente ha mantenido su decisión. Francia siguió en el pasado julio con una prohibición semejante para el tercer trimestre de 1974; la ha renovado para el cuarto trimestre. Gran Bretaña, en pugna con un paro creciente, ha tenido que adoptar igualmente medidas destinadas a limitar la llegada de emigrantes, en la mayoría de los casos paquistaníes o procedentes de sus antiguas colonias africanas. El pasado 20 de octubre, Suiza ha seguido el ejemplo con un referéndum sobre la situación de los 106.000 trabajadores fronterizos que, residentes en Alemania Federal, Francia, Italia y Austria, pasan cada día la frontera para ir a trabajar a Suiza, donde consiguen remuneraciones claramente más elevadas que en su país; la pregunta que se formuló apuntaba a reducirlos a 70.000 en 1978.

Con semejantes medidas, los países más desarrollados pretenden no sólo defender su posición actual, sino su progresión. El ejemplo de Suiza, preocupada por el excesivo número de fronterizos alemanes y franceses que trabajan en su territorio, es demostrativo. Hermann Kahn, el más conocido de los especialistas de prospectiva de la Rand Corporation, que se ha pasado al Hudson Institute, situaba estos últimos años a Suecia, junto con los Esta-

dos Unidos y Japón, entre los tres únicos países capaces de acceder de aquí al año 2000 a la fase de las «sociedades postindustriales», es decir, de aquellas cuyo PNB alcanzaría de 4.000 a 20.000 dólares por habitante. Al incluir a Suecia, Hermann Kahn respetaba una de las más antiguas leyes de la prospectiva, la que sustenta que el dinero va a los ricos. «Tanto más estudio cuanto más me llama la atención la tendencia al empobrecimiento de los países pobres y al enriquecimiento de los países ricos.» Ese descubrimiento no lo ha hecho en estos últimos años algún especialista del subdesarrollo de las Naciones Unidas. La formulación se remonta a más de un siglo. Se debe a Adolfo Blanqui, muy honorable profesor francés de Economía Política. La ley de Blanqui la ha adoptado Hermann Kahn tanto para los Estados Unidos como para Suecia: con un PNB por habitante doble del de la Europa occidental, los Estados Unidos ocupan el primer lugar mundial. Suecia se clasifica en el segundo, con un PNB por habitante superior en un 20 por 100 al de Suiza, que ocupa el tercer lugar.

No hay que admirarse de que los países industrializados estén igualmente en cabeza en el ámbito de la agricultura. En 1974, el primer lugar correspondía también a los Estados Unidos, que, pese a la sequía y las heladas de principios de otoño, siguen siendo el primer productor y exportador de cereales. Globalmente, la Europa de los Nueve, con una producción muy satisfactoria para 1974, viene inmediatamente detrás, lo que le permite todavía efectuar cuantiosas exportaciones.

A pesar de la superficie de tierras cultivadas destinadas a los cereales, la Unión Soviética, que en 1914 exportaba a Europa occidental maíz de Ucrania, se ha convertido en estos últimos años en destacado importador, por lo demás, harto irregular. Los recientes pedidos de cereales suscritos por la Unión Soviética con los Estados Unidos, que, anulados el 5 de octubre, han sido posteriormente reconsiderados por intervención del presidente Ford, ilustran bastante bien las dificultades con las que el mundo habrá de enfrentarse si su población sigue creciendo con el índice actual.

Los Estados Unidos exportan normalmente el 65 por 100 de su producción de trigo, el 45 por 100 de la de soja y el 20 por 100 de la de maíz. En 1972, como consecuencia de una cosecha desastrosa, la Unión Soviética compró a los Estados Unidos 15 millones de toneladas de cereales, principalmente trigo, a los precios relativamente moderados de aquella época. Poco después revendía una parte bastante importante de lo adquirido a la India, que es crónicamente deficitaria, ello a un precio muy superior. En 1973,

las compras soviéticas a los Estados Unidos, aun siendo todavía importantes, sólo alcanzaron siete millones de toneladas. En 1974, la cosecha de trigo en los Estados Unidos fue ampliamente excedente, pero la de maíz notablemente deficitaria. Los contratos de compra soviéticos, inicialmente anulados y posteriormente reducidos, correspondían a 2,4 millones de toneladas de maíz y a un millón de toneladas de trigo [1]. Su anuncio había provocado inmediatamente un alza importante del precio de tales cereales antes de que el Gobierno de Washington, que pretende frenar el alza de los precios interiores, estuviera advertido. Resultó tanto más sorprendido y descontento cuanto que, contrariamente al acuerdo suscrito con Moscú, se había negado a los expertos norteamericanos que examinaran las cosechas soviéticas de Asia, según había previsto la Secretaría de la Agricultura de Washington al objeto de organizar las exportaciones sobre una base razonable y para que no volviera a producirse la sorpresa de 1972 de una reventa por Moscú, con un crecido beneficio, a los países deficitarios. Ante las deficiencias de la cosecha de cereales prevista para 1974, los Estados Unidos habían logrado el acuerdo de Japón para reducir sus importaciones, principalmente de trigo, y un acuerdo similar de la Europa de los Nueve con relación a las compras de maíz y soja destinados a la alimentación del ganado. Por tanto, la negativa de la Unión Soviética a que los expertos norteamericanos examinaran sus cosechas y la importancia de las compras que se proponía efectuar no podía por menos que extrañar a la Secretaría de Agricultura de Washington.

En los países industrializados la producción de cereales tiene tres niveles diferentes, cuyos extremos son los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Para mostrar al señor Jruschev qué grado de productividad podía lograr la explotación individual norteamericana le hicieron visitar, con motivo de su viaje de estudios a Iowa, una granja de poco menos de 100 hectáreas, propiedad de un joven matrimonio sin hijos. Especializada en la producción intensiva de cerdo cebado con maíz, la explotación disponía de toda la maquinaria que requiere este cultivo y crianza, no comprando sino una pequeña cantidad de harina de pescado, cuya adición al maíz es indispensable. Los visitantes buscaron en vano los proletarios que manejaban esa costosa maquinaria: bastaba con el propietario, sin ayuda foránea, mientras que su mujer se dedicaba a las faenas de la casa. El único extraño que pudieron

[1] El 30 de enero de 1975, la Unión Soviética ha dado a conocer que anulaba sus pedidos de trigo a los Estados Unidos. Idéntica decisión ha adoptado China Popular. (Nota de la traductora.)

descubrir fue la vecina, que había venido para ayudar al ama de casa a servir la comida que ella misma había preparado para el ilustre visitante y las aproximadamente treinta personas que lo acompañaban.

Semejante grado extremo de concentración es el principio básico de la «agrociudad», grato al señor Jruschev. En Canadá, ciertas granjas del Manitoba, uno de los principales Estados productores de trigo en ese país, son explotadas por familias residentes en la vecina ciudad y que sólo viven en sus fincas dos veces al año, para la siembra y la cosecha. Durante esos diez días, el padre y sus hijos se turnan al volante de los tractores que tiran del arado de doce rejas y de la cosechadora-trilladora, lo mismo a la luz del sol que con la luz de los focos, para labrar, sembrar y cosechar sus 300 a 400 hectáreas. El resto del año su trabajo se reduce a manejar las simbólicas tijeras del rentista que corta los cupones de las acciones que su trabajo le ha permitido adquirir. Se concibe que en tales condiciones los Estados Unidos y Canadá puedan, dedicando a la agricultura sólo el 4 por 100 de su población, alimentar a ésta y seguir siendo los más importantes exportadores de cereales del mundo.

En la Europa de los Nueve, asimismo con excedentes de cereales y ganado, la situación es bastante diferente, según sea la superficie de las explotaciones. En Francia, por ejemplo, la superficie media no supera las 20 hectáreas, mientras que alcanza las 33 hectáreas en Gran Bretaña. Pero se reduce a 11 hectáreas en Alemania Federal. Es preciso comparar estas cifras con las 160 hectáreas de los Estados Unidos y las 180 hectáreas de Canadá. Además, incluso dentro de un país como Francia, la repartición difiere mucho. Así, en Normandía o Bretaña el agricultor francés sólo explota con frecuencia una superficie muy inferior a las 20 hectáreas o se dedica muchas veces a la ganadería, mientras que en el norte de la cuenca parisiense abundan las explotaciones de 100 hectáreas o más dedicadas a la producción de cereales o remolacha azucarera. Estas son las que producen excedentes de cereales y azúcar, que Francia exporta a los demás países miembros de la Comunidad y más allá, a la Unión Soviética en lo que al trigo se refiere, por ejemplo.

La agricultura rusa de principios de este siglo, incluso en las buenas tierras negras cultivadas desde los tiempos de Catalina II, era una agricultura de escasísimo rendimiento y escasísima productividad, que necesitaba a la mayoría de la población del país. La reestructuración de la agricultura en la Unión Soviética con cooperativas de producción *(koljoz)*, que deja a

los campesinos la libre disposición de un terreno que puede tener hasta media hectárea, y granjas estatales *(sovjoz)*, no ha logrado asegurar la independencia del país en alimentos, aunque la población agrícola represente el 38 por 100 de la población activa, frente al 14 por 100 en Francia, que tiene la marca en la Europa de los Nueve. La superficie sembrada ha pasado de 105 millones de hectáreas en 1913 a 150 millones en 1940 y a 210 millones actualmente, siendo esta última cifra consecuencia de la puesta en cultivo de las tierras vírgenes asiáticas, cuyo rendimiento ha sido muy bajo. El cultivo del trigo, que producía de ocho a nueve quintales por hectárea en 1913, sólo ha alcanzado 10 quintales por hectárea en 1956, antes de la puesta en cultivo de las tierras vírgenes. La producción del maíz apenas si ha progresado más. Cuando el señor Jruschev acometió el desarrollo del cultivo del maíz híbrido, ese «salchichón de tallo», invitó en 1955 una misión de expertos agrícolas norteamericanos a examinar sus realizaciones. La misión presentó al regresar un informe poco halagador. Los productores soviéticos del *corn belt* norteamericano conseguían, en tierras que no eran de regadío, rendimientos de tres o cuatro quintales por hectárea, o sea, diez veces menores que los de Iowa en aquel tiempo y veinte veces menores que los actuales. El informe señalaba la destrucción de tierra laborable que se deducía de la opción en favor del maíz de una zona en la que no caía una media de 30 centímetros de agua al año. El cultivo intensivo de cereales, trigo y sobre todo maíz, tanto en la Unión Soviética como en otros países, requiere abonos y agua. Actualmente más de 10 millones de hectáreas de regadío están dedicadas a esos cultivos en el sur de Rusia y en Ucrania, lo mismo que en Azerbaiyan. Sólo falta el abono nitrogenado, que, sin embargo, no debería ser muy difícil conseguir en un país donde hay una producción superabundante de gas natural, que se esfuerza en colocar en la Europa occidental y los Estados Unidos. Esta será la misión de las fábricas que los países que quieren desarollar su comercio con la Unión Soviética van a construir a cambio de sus importaciones de gas.

Los países subdesarrollados, que representan más de las dos terceras partes de la población mundial, abarcan regiones muy diferentes, tanto desde el punto de vista natural como humano. En este sentido, ¿qué tienen en común las poblaciones del Sahel víctimas de la progresión del Sahara hacia el Sur y las de Bangladesh, donde un centenar de miles de muertos se añade a la devastación provocada por las lluvias torrenciales en las tierras y viviendas de varias decenas de millones de seres humanos? El examen de conjunto

de las situaciones respectivas no muestra una progresión regular que lleve las naciones más pobres hacia las más ricas, sino dos grupos separados por un verdadero abismo, que tiende a ensancharse. La renta por habitante en los Estados Unidos era quince veces la de la India antes de la II Guerra Mundial. Veinticinco años más tarde es treinta y cinco veces mayor.

La insuficiente alimentación es, con mucho, el síntoma más grave y más generalizado. Por lo demás, se compagina con la importancia de la población dedicada a la agricultura, que suma aproximadamente las tres cuartas partes de la población total, tanto en Africa negra como en Asia meridional. Origina una debilidad de la industrialización, con un porcentaje de población obrera que se reduce a cerca del 10 por 100 y con un sector comercial hipertrofiado, que opera sobre las restantes actividades económicas una verdadera detracción parasitaria, singularmente grave en razón de lo escaso de su productividad.

De otra parte, la agricultura de los países subdesarrollados se caracteriza por rendimientos relativamente bajos, debido a la elección de los cereales de siembra y al empleo muy limitado de abonos. Estos se han reducido aún más en 1974, debido al enorme aumento de los precios de los productos petroleros y los fosfatos que entran en la preparación de los abonos nitrogenados y fosfatados. La IX Conferencia Europea de la FAO se inició el 7 de octubre en Lausana. El señor Addehre Boerma, su director general, formuló un llamamiento a los países industrializados para que ayudasen a los países subdesarrollados. «En adelante —declaró— es casi seguro que la producción mundial de alimentos disminuirá de nuevo en 1975.» En su último informe, la FAO indica que el valor de los intercambios mundiales de los principales productos agrícolas se ha disparado desde mayo de 1973 a mayo de 1974: ha pasado de 41.000 millones de dólares a cerca de 60.000 millones. Los países desarrollados, como en años anteriores, han sido los principales beneficiarios de un aumento del que les ha correspondido las dos terceras partes. La FAO observa, no obstante, que ese aumento de valor se ha producido en un contexto de aceleración mundial de los precios, que, al parecer, han aumentado en términos medios de un 16 por 100 en los mercados mundiales.

En su informe anual, publicado en septiembre, sobre el período comprendido entre el 1 de julio de 1973 y el 1 de julio de 1974, el Banco Mundial es aún más pesimista a corto plazo. Según dice, son los países más pobres los que resultarán más duramente afectados por las alteraciones que se han producido desde hace un año en la economía mundial. Es más: de no llevar

a cabo la comunidad internacional un considerable esfuerzo, 800 millones de seres humanos en los países subdesarrollados apenas si podrán esperar que sus condiciones de vida mejoren antes de 1980. En efecto, tales países padecen de lleno el contragolpe de la nueva alineación y flotación de los cambios de la moneda, de la inflación, el alza de los precios del petróleo y la reducción del índice de crecimiento en los países industrializados. A impulsos de su presidente, Robert McNamara, el Banco Mundial ha orientado preferentemente su ayuda hacia la pobreza rural: créditos y proyectos agrícolas se han puesto en marcha para mejorar la productividad, en particular entre los pequeños agricultores y los campesinos sin tierra.

La primera catástrofe ha sobrevenido este año en Bangladesh con las inundaciones. Del Ganges al Brahmaputra, los ríos procedentes del Himalaya que desembocan en el golfo de Bengala han inundado los dos tercios del país. El 80 por 100 de la cosecha de verano ha desaparecido. El Gobierno estima que cerca de cinco millones de toneladas de cereales, o sea, el 40 por 100 de la producción anual, se han perdido. Multiplica las gestiones cerca de los países exportadores para sustituirla. Tres millones de habitantes han abandonado sus viviendas, inundadas o destruidas, y viven en centros de socorro. A mediados de agosto, el Bangladesh sólo había podido conseguir 4.000 toneladas de cereales, constituyendo el resto de la ayuda medicamentos, ropa y leche en polvo. El Gobierno del país, que alcanzó la independencia en 1971, después de la guerra iniciada con la ayuda de la India para separarse del Pakistán, está sumido en una crisis económica que amenaza con convertirse en desastre. Los precios se han multiplicado por 2,5 desde la independencia.

¿Por qué los habituales donantes, empezando por los Estados Unidos, se limitan este año a una simple ayuda de principio? Parece ser que están cansados de las peticiones de auxilio que periódicamente hace Bangladesh. Acusan a su Gobierno de exagerar el desastre sufrido y muchos son los que estiman que los socorros que entregan enriquecen a los dirigentes corrompidos y a intermediarios inútiles. Quizá sea, sugieren algunos de los donantes tanteados, que los Estados Unidos no han visto con buenos ojos la separación del Pakistán y el apoyo prestado por la India y la Unión Soviética, y estiman que Bangladesh podría recurrir de nuevo a este último país. Como sea, el señor Krum Hensen, secretario general del Comité Internacional de la Cruz Roja, que se trasladó a ese país, dijo que la situación actual de Bangladesh era «un desafío a la humanidad».

No por menos seria, ya que no va hasta la inundación de los dos tercios del país, una grave amenaza de hambre gravita sobre la India y sus 570 millones de habitantes. Varias decenas de millones de los mismos, a finales de septiembre, estaban al borde de la penuria. Por vez primera desde la independencia del país se evoca el hambre de 1943, que provocó la muerte de tres a cuatro millones de personas. Las regiones más amenazadas son Bengala y Assam. Sólo en el Bengala occidental el tercio de sus 15 millones de habitantes padece hambre, si se ha de dar crédito a las declaraciones de los sectores oficiales.

Para la India, las razones de semejante penuria no se derivan sólo de la inundación, como en Bangladesh, sino también de la sequía en las regiones centrales y del norte y, además, de la insuficiencia de abonos. Estas tres causas provocan una necesidad global de importaciones de cereales del orden de siete a diez millones de toneladas. Millones de campesinos hambrientos afluían a finales de septiembre a las grandes ciudades, como Calcuta y Bombay. Entre éstos, ya no se cuentan los que hacen sólo una comida al día y se reparten con frecuencia ranas, ratas y ardillas. A principios de septiembre, algunas personalidades oficiales reconocían haber presentado discretamente una petición de ayuda a los Estados Unidos, bien en forma de donativo, bien en forma de préstamo con escaso interés, a devolver en veinte años. A finales de septiembre se supo que una petición semejante, para conseguir de dos a cuatro millones de toneladas de cereales, se había formulado a la Unión Soviética.

Sea en razón del apoyo que este país prestó a la India con motivo de la guerra de la independencia de Bangladesh o bien de la ayuda anterior concedida por los Estados Unidos, que sumó más de 10.000 millones de dólares entre 1950 y 1971, de los cuales 50 millones de toneladas de cereales desde 1960, el caso es que el socorro de los Estados Unidos será seguramente muy limitado. Y no cabe esperar un socorro siquiera similar de parte de la Unión Soviética, cuando el presidente Ford acaba de reducir las importaciones que ese país había contratado con dos sociedades norteamericanas especializadas en el comercio de cereales.

Tanto en el Sahel como en Etiopía, en la India o Bangladesh, las crisis de alimentos de estos últimos años plantean una vez más el problema del crecimiento demográfico actual de los países subdesarrollados. Los Estados Unidos, cuyo plan de reducción progresiva de semejante crecimiento dio origen a la Conferencia de Bucarest sobre la Población y que ésta ha recha-

zado, han declarado reiteradamente que la responsabilidad de mantener reservas de cereales para hacer frente a las incidencias que puedan sobrevenir en el mundo entero no les incumbe. Corresponde a cada país, sobre todo a los más amenazados, constituir reservas de urgencia. Además, regulación del crecimiento demográfico y reservas de cereales pueden compaginarse perfectamente con trabajos locales destinados a eliminar o restringir el efecto de las inundaciones o la sequía. La amenaza de una crecida del Sena, que en 1910 provocó grandes destrozos en París, ha quedado totalmente eliminada en la actualidad merced a la construcción de dos presas en el alto valle de ese río y de su afluente, el Marne. El avance del Sahara no se limita al Sahel, en el Africa negra. Argelia, asimismo amenazada, acaba de promover el 14 de agosto un plan de «presa verde» que estudiaba desde hacía dos años: un bosque de eucaliptos y diversas especies de pinos, ancho de 20 kilómetros y largo de 1.400, a plantar en el transcurso de los próximos veinte años para limitar el avance del Sahara hacia el Norte.

En los Estados Unidos, país tradicionalmente abierto a los inmigrantes, que allí acuden para vivir, trabajar o estudiar, la Asociación ZPG (Zero Population Growth) acaba de lanzar, después de Alemania, Francia y Gran Bretaña, una campaña destinada a reducir nueve décimas partes la inmigración aceptada hasta ahora. Según las grandes centrales sindicales, el número de extranjeros en situación irregular es de ocho millones y sigue en aumento. Cuando los índices de paro rondan el 7 por 100, tal situación es intolerable. El pasado verano el servicio oficial de inmigración y nacionalización ha empezado a tomar medidas relativas al trabajo durante las vacaciones de 17.000 estudiantes extranjeros que cuentan con lo que así ganan para vivir durante un año escolar. Se considera que es preciso exigir de cada nuevo estudiante extranjero la prueba de que dispone a su llegada a los Estados Unidos de medios para vivir durante un año. Con ello se apunta en particular al caso de los estudiantes de medicina, de los cuales uno de cada cinco procede del extranjero con intención de ejercer la profesión en los Estados Unidos una vez conseguido el título. El *brain drain* o drenaje de cerebros que se le reprochaba a ese país ya no será tolerado: a esos estudiantes se les mandará a su casa después de sus estudios.

Cada vez más, los países industrializados van a defenderse de la inmigración procedente de un Tercer Mundo en crecimiento demográfico excesivo.

CAMILLE ROUGERON

Traducción de CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA.